

Sencillamente heroico

En un rincón ignorado de la prensa de unos cuantos días atrás, se leía una noticia por cierto sencillamente heroica. Y como el rincón ignorado de la prensa, ignorado fué el héroe de aquel gesto audaz a pesar de que el periódico mencionara su nombre.

En una playa de Italia, en Liorna, estaban unos concurrentes a aquella entregados a las delicias del baño: de pronto, cuando más tranquilos estaban, una señora, a grandes voces pide auxilio para un hijito suyo que aparecía y desaparecía del agua. Dos bañistas acuden en su socorro, mas retroceden horrorizados al darse cuenta de lo que ocurre. El pobre niño, aprisionado en los tentáculos de un gran pulpo, perecerá trágicamente, sino se produce algo inesperado. Y se produjo; este algo inesperado llega en el momento preciso y nos colma de honor al constatar que llega el auxilio en la persona de un periodista con nombre español: Arturo Albertí. Provisto de una navaja de marino se lanza al agua en socorro del pobre niño, entablándose fuerte lucha con aquel monstruo, el que en algunos momentos llega a aprisionar con uno de sus enormes tentáculos el brazo del periodista. Mas al fin, logra dar muerte al pulpo y rescatar al pobre niño, al que depositó en los brazos de su madre, desmayado, pero con vida. Horas más tarde, llegó muerto a la playa el pulpo, algunos de cuyos tentáculos tenían el grueso del brazo de un hombre robusto.

Ante este gesto valiente del periodista, hemos de rendir nuestro tributo de admiración, acrecentado más todavía por la forma sencilla que luego se produjo. No repartió autógrafos, ni su cara fué a adornar ningún anuncio de cualquier producto de tocador. Repartió su heroicidad entre la madre y el niño y acto seguido, rehuyendo la admiración popular, retiróse de la playa mientras podíase comprobar que sufría una lesión en una pierna, producto de su lucha con el monstruo.

Y este acto tan heroico como sencillo luego, fué realizado por un hombre, y déjenmelo repetir otra vez, con nombre español por añadidura, que no pensó en él y si pensó en los demás. Su proeza fué infinitamente más grande que muchas proezas espectaculares que se realizan en este siglo, y

ANCORA

SAN FELIU DE GUIXOLS, 31 DE AGOSTO 1950

Sobre la galantería

Galantería. Acción o expresión obsequiosa o cortés.

Ante una dama que se queja de la desaparición de este hábito de cortesía y ante un caballero que se disculpa, acusando, del ocaso tormentoso y absoluto de aquél, voy a exponer mi opinión.

Si la galantería va desapareciendo como otros tantos buenos hábitos que se esfuman, no hay porque acusar de ello a las mujeres, no hay porque inculparlas de haber ganado fortaleza.

En primer lugar, si ha dejado de ser débil no es en un sentido orgánico, de meta imposible, sino en el aspecto intelectual. Y siendo así, la mujer, contrariamente a la respetable pero equivocada opinión del caballero, se ha hecho acreedora de un más grande y cortés homenaje.

Ellas siguen siendo, físicamente, el sexo más débil—¿quién no conoce el resultado de los Juegos Olímpicos y la obligada separación de pruebas?—; y si ha sido gracias a un esfuerzo intelectual como han logrado nivelar capacidades, granjeándose el epíteto de rival en ciertos sectores, debieran haberse merecido el olvidado y bíblico de compañera, que no dudo que en otros, con más justicia, ya se les ha reotorgado.

Si la mujer sigue siendo más débil, a ella debe ir la galantería de los hombres así como la de ellas y ellos debe dirigirse hacia los seres más desvalidos: niños y ancianos. Que la galantería no es patrimonio exclusivo del sexo fuerte, ni su merecimiento del sexo contrario!

Y si ha conseguido una capacitación intelectual que por sobre el sexo la eleva a ser humano, ruego al caballero se acuerde cuantas veces no habrá cedido el paso o un asiento o, riñendo con el protocolo, un lugar preferente o no habrá dado un simple sombrero rendido nada más que al

mientras el recuerdo de éstas es tan efímero que se desvanecen en breve tiempo, a pesar de ser grandes masas los espectadores y de ir seguidas de una publicidad a toda página, el acto de Arturo Albertí, pese a la publicación tan exígua que del mismo se hizo, perdurará para siempre en la men-

reconocimiento admirativo de una inteligencia o de un esfuerzo puramente asexual.

Tampoco la hermosa dama en cuestión va muy acertada en sus quejas. No ha sido nunca la belleza el principal motivo de una acción cortés; lo ha sido y sigue siéndolo de pavoneo para quien la luce y de rumboso piropo para quien la contempla. Pero, señora, piropos y galanterías son dos cosas absolutamente distintas!

Si V., dama imaginaria, toma el «metro» o el autobús de regreso a su casa después de una tarde de charla con una amiga, después del ajeteo de unas compras, después de unas horas de semiletargo en casa de la manicura o en un salón de conferencias, aunque yo comprenda muy bien que prefiera ir sentada, ¿no puede pararse a pensar que en el mismo coche viajan hombres que, al cabo de una jornada agotadora, le reclaman con su cansancio la galantería que V les debe?

Todos, hombres y mujeres, somos acreedores de esta bizarra generosidad; pero, también, estamos forzados todos a prodigarla.

No muere la galantería en las manos del, supuesto emancipado, sexo débil ni, creo, que en el rencor de posibles rivalidades anidadas en el ánimo del sexo fuerte. Muere en la fosa inmensa y anónima donde quedan los cadáveres de grandes y pequeñas virtudes, también de necesarias y poco consideradas rutinas, de cuyo abandono ha surgido este nuevo concepto del vivir, duro, salvaje e ingrato, cruel remedo de la implacable y atávica ley de la «jungla».

Y si no gustan de frase tan fuerte, pueden imaginar que desaparece engullida en las prisas de un viaje sin fin y sin objeto, hacia el que corre enloquecida la humanidad y para el que todo bagaje moral es baldío.

L. D'ANDRAITX

te de aquella madre que veía perder trágicamente a su hijo y de aquellos bañistas que presenciaron la escena.

Y para el hombre, cuanto no le es alentador, si en un rincón ignorado de la prensa, puede leer alguna vez una noticia por cierto sencillamente heroica. LORENS

FICCION Y REALIDAD

“Las zapafillas rojas”

Argumento y Dirección: Michael Powell y Emeric Pressburger.

Música: Brian Easdale.

Tecnicolor: Jack Cardiff.

Intérpretes: Anton Walbrook, Moira Shearer, Marius Goring, Leonide Massine, Robert Helpman, Albert Bassermann.

Este film ha recorrido triunfalmente las salas de todo el mundo. Su argumento, con ser un modelo de sencillez y poesía, queda, al ser vertida en imágenes, ahogado por éstas. Tanta es la variedad y ritmo de ellas. En todos los momentos en que el ballet preside la acción de la cámara, ésta se vivifica, canta, retoza, ... y baila también. En las demás, el film sigue el ritmo moroso adecuado a los conflictos de los protagonistas.

En rigor, empero, nada nuevo aportaría la obra al historial del 7.º Arte, ni aún como película «de ambiente», — con reflejar a maravilla el del ballet— si no se incluyera en ella la danza que da título al film, creada para él y que, adentrándonos por los dominios de la fantasía pura, nos muestra otro campo de posibilidades infinitas dentro del cine. Porque a la vertiginosa volatinería del ballet en si se suma la que le prestan los trucos de montaje, el excelente color y los constantes desplazamientos de la cámara. Algo maravilloso. La eternización de la poesía del color y del movimiento.

Los autores quisieron ser fieles al final del cuento de Andersen que da origen al film, y respetaron la muerte de la protagonista, solución que los yanquis no habrían aceptado, pero que los ingleses, que poseen el público más inteligente, pero también el más escéptico y «de uñas» del mundo, incluyen sin reparo alguno.

El color, excelente. Estas son las películas que ganarán la batalla definitiva para el tecnicolor, porque en ellas el color no solo copia sino que crea, evadiéndose de la servidumbre y haciéndose elemento constructivo de por sí, del film.

“Cielo sobre el panfano”

Argumento y dirección: Augusto Genina.

Guión: Genina y R. Cechi d'Amico.

Cámara: Eldo.